

FERNANDEZ ALBA: ARQUITECTURA Y URBANISMO

Antonio Fernández Alba es, a nuestro juicio, uno de los arquitectos más interesantes del país. Interesante, además, desde muchos puntos de vista. No podemos, sin riesgo de esquematizar, describirles la personalidad intelectual de este hombre que hasta hace tan sólo unos meses tenía a su cargo la cátedra de Composición de la Escuela de A. de Madrid, cargo en el que desempeñó una ambiciosa y transformadora labor pedagógica hasta que presentó su dimisión ante un estado de cosas escandaloso que impedía su labor pedagógica.

Es a su vuelta de Milán, a donde ha ido invitado por los alumnos de la Escuela de Arquitectura para dar unas conferencias, cuando dialogamos con él. El tema va muy ligado con el de una entrevista que le hicimos a Ricardo Bofill y que ya ofrecimos a ustedes.

Hay arquitectos que pretenden transformar las **relaciones humanas** a través de la arquitectura, de sus casas. Concretamente el Taller Bofill pretende destruir la familia por medio de su arquitectura. ¿Puede usted darnos su opinión respecto a estos fenómenos?

«Bueno, el fenómeno es múltiple, no es concreto. Yo personalmente me inclino a creer que **es una posición tópica de pseudovanguardia.**

Es decir, hay fenómenos de adaptación de la forma por medios superficiales que tratan de justificar que mediante un vocabulario, un código de señales se puede destruir el concepto de familia. **Yo también creo que hay que anular un concepto de familia, pero me parece que los polos son distintos.** Las propuestas de superación de un concepto familiar están completamente divergentes, en mi opinión, de lo que Bofill propone.

Hay una serie de supuestos, digamos hedonistas, desde los que se pretende destruir la familia por la corrupción. En el fondo es una justificación de una serie de motivaciones personales que ahora no me meto a discutir.

En torno al problema estrictamente arquitectónico de que mediante un espacio se pueda corroborar esta destrucción familiar, yo creo que es totalmente ingenuo, ya que en el fondo esto es una forma de manifestar un producto comercial mediante otra envoltura, pero en determinado mercado que existe, de la misma manera que existe un determinado tipo de mercado en los almacenes de «prêt à porter», desde la señora que se compra una minifalda al señor que se compra un traje raro.

En el mercado de la vivienda existe también una típica fabricación sectorial, y hay un determinado grupo de personas que juegan a la droga y a la deformación del entorno por medio de supuestos más o menos ambiguos. **En el fondo es una forma de producto de consumo, una típica manera de vender un producto con unas declaraciones un poco declamatorias,** en algún sentido, que en un extremo tocan el vicio y la corrupción como fenómenos de venta, y en otros valores naturalistas de la forma. Me parece que ni uno ni otro extremo tienen, ni siquiera admitiendo una cierta calidad de diseño, unas propuestas sociológicas válidas.

En el fondo, todo ello responde a situaciones personales, aceptables hasta cierto punto, no me meto a criticarlas, pero en ningún momento estimo que puedan ser valoradas como justificación objetiva de esta destrucción de la realidad.

Si la realidad hay que destruirla, no es por el hecho de destruirla en sí, sino por el hecho de que hay una necesidad de cambio. Esta necesidad de cambio se impone por unos procedimientos totalmente lógicos y valorados objetivamente. Es decir, el adornarnos con unos estamentos de fórmulas más o menos a la moda, es crear una situación de imágenes, pero yo no creo en las imágenes, creo un poco en la conquista de los orígenes, y los orígenes están muy distantes de que con estas realidades arquitectónicas se pueda hacer algo más que ilustrar unas bellas páginas tipográficas.

Insisto en que no es una crítica concreta a estos trabajos de Bofill, pero sí a lo que pudiera representar una situación y como ejemplo de una actitud a seguir.

Me parece que es mucho más consciente, y mucho más real, el introducirse por caminos más serios, más científicos digamos, menos espectaculares y de brillo que hacer uso de unas determinadas situaciones coyunturales muy específicas y abusar de ciertas situaciones propicias para un determinado momento.

Es más eficaz, en fin, trabajar hoy en día un poco dentro del anonimato, es decir, hacer estas casas, estos edificios que no trascienden a una realidad tipográfica, que hacer estos alardes exhibicionistas que en el fondo creo que es un culto narcisista a la personalidad del arquitecto. **Es decir, disfrazar una nueva situación de unas propuestas que son tan equívocas y tan ambiguas como las que critican.»**

Complaciendo una sugerencia en este sentido, debemos rectificar la información publicada sobre el premio FAD de arquitectura de Barcelona en la que

decíamos que de las cinco obras finalistas, dos: las de Donato y Coderch, habían sido retiradas por sus autores. Pues bien, no fueron dos, sino tres las obras retiradas. La tercera obra retirada que omitimos es la Banca Catalana de los arquitectos Tous y Fargas. Así, pues, sólo dos de las cinco obras finalistas tuvieron opción al premio.

Ante la alarmante situación producida este año en torno a la concesión de este célebre premio, e identificándonos con gran parte de las razones expuestas en las cartas de renuncia, nos creemos en el deber de manifestar nuestra inquietud ante el hecho de asistir anualmente a la concesión de un premio que **consagra** los valores funcionales, ambientales, de diseño, etc... de una obra arquitectónica determinada; inquietud ante el hecho de que al ser estos valores una cosa científicamente poco conocida, los criterios de selección que el jurado aplica serán necesariamente especulativos, ya que su conocimiento es intuitivo, acientífico, y, por tanto, toda obra escogida vendrá muy directamente relacionada

con la personalidad de cada uno de los miembros del Jurado. Jurado éste que, desde hace una decena de años, viene conservando características prácticamente invariables.

Y piénsese que cuando hablamos de irracionalidad, de especulación, de estilismo, estamos describiendo una realidad objetiva, una realidad de unas instituciones y de unos arquitectos que históricamente están colaborando en el mantenimiento de un tinglado superestructural, ambiguo y estamentalista en el que con una frecuencia ya sospechosa se están dando unas posturas equívocas que intentan justificar una injustificable praxis política a partir de la arquitectura, y que van desde la del tecnócrata estetizante hasta el fraseólogo revolucionarista y pequeño burgués, que diciendo poner en contradicción al sistema, sólo logra ponerse en contradicción a sí mismo.

Esperemos que la dialéctica de los acontecimientos evidencie cada vez más la incoherencia ideológica y la sitúe en sus justos e ineludibles límites.